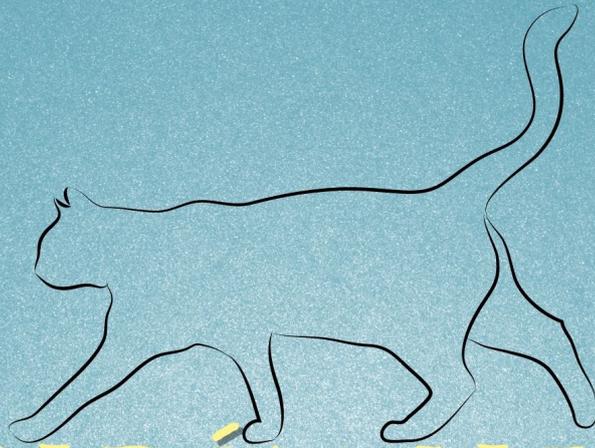


Un día en la vida de un gato

María Milla García



UN DÍA EN LA VIDA DE UN GATO

María Milla García

Capítulo 1

Me llamo Cucho y soy un gato al que rescataron de la calle hace un año. Desde que vivo con mi humana, me gusta despertarla a las 7.30 de la mañana para evitar que llegue tarde. Sin embargo, viendo que hay días en los que se levanta un poco enfadada, hoy he decidido dejarle dormir. Me gusta ser un buen gato.

Mientras estaba tumbado en la cama de mi humana, pensando en lo que haría durante el día, ella ha comenzado a gritar algo de un aparato que no había sonado y ha saltado de la cama. Creo que no le ha gustado mucho que le haya dejado dormir más porque ni se ha dignado a saludarme cuando me ha visto. Después de este extraño suceso, he comenzado el día desayunando esos cereales que me da. No sé cómo explicarle que no me gustan mucho y que prefiero que me dé otra cosa. Quizá si le hago un poco la pelota consigo que cambie el menú.

—¡Cucho, hay pienso! —Me ha dicho un algo borde—. Si tienes hambre, comételo. No te voy a dar latita hasta la hora de comer.

Así que, viendo que no me iba a salir con la mía, finalmente, me he decidido a devorar el pienso. Al terminar me he dirigido a la ventana a la que suelo asomarme para observar la calle y a los humanos que pasan. Me gusta estar informado de lo que ocurre ahí fuera. Escucho el agua en el baño y, tras estirarme, me encamino hasta allí. Mi humana está dentro, pero parece no haber notado mi presencia, puesto que soy silencioso como un ninja. Con un hábil salto, me subo a la encimera y golpeo aquella cosa de plástico que tapa la bañera. Por si mi humana no se ha dado cuenta, vuelvo a golpear. Finalmente consigo que quite esa cosa de plástico y ella sale. He cumplido mi misión en aquella habitación, por lo que, sin más que hacer allí, vuelvo a mi ventana.

Unos minutos después, mi humana entra en el dormitorio y comienza a estirar la cama. Murmura algo de llegar tarde, pero como no sé a lo que se refiere, simplemente la observo. En un momento en el que está despistada, aprovecho y me cuelo entre el colchón y las tablas esas tan graciosas que hay debajo y que, al volver a poner el colchón, forman una especie de cueva. Me gusta ir ahí cuando quiero meditar. Allí abajo, entre cajas de ropa de mi humana, encuentro pelusas, algunas bolas de papel con las que he jugado y otros objetos pequeños que he ido guardando y que forman parte de mi tesoro. Como gato que soy, me divierte esconder cosas que suelen usar los humanos para ver cuánto tiempo tardan en echarlo de menos.

—¡Cucho! ¿Dónde estás? —Parece que mi humana me busca, pero estoy demasiado cómodo como para salir de aquí—. ¿¡Cuch!?! Me tengo que ir,

¿Dónde te has metido?

Escucho que me sigue llamando. Por el sonido de su voz creo que se va moviendo por la casa y que cada vez está más enfadada. Pero yo no puedo salir, me he quedado encerrado aquí, y no maúllo porque considero que eso es de gatos vulgares, así que seguimos jugando al escondite. Estoy pensando en echarme una siestecita en esta cueva cuando, con cara de pocos amigos, mi humana levanta el colchón y me encuentra. Intento mostrar una faceta mía que le haga quererme más y olvidarse de esta pequeña broma entre gato y humano, pero no parece funcionar.

—¿Para qué te metes ahí? ¡Voy a llegar tardísimo!

Mi humana me coge y me deja en la cama otra vez. Después se marcha corriendo, por lo que me quedo solo de nuevo. Ando por la casa buscando con qué entretenerme y, justo cuando me iba a dar por vencido, encuentro una balda de la estantería llena de objetos que no deberían estar ahí. De un salto llego hasta ella y, dando rienda suelta a mis instintos felinos, comienzo a tirar aquellos chismes que considero que están mejor en el suelo. Tras ese esfuerzo ordenando los trastos de mi humana decido echarme una siestecita en el sofá para reponer fuerzas.

—¡Hola, Cuch! Ya he vuelto.

¡Ha regresado y me ha pillado durmiendo! Creo que la siesta se me ha ido de las manos. Me desperezco y como buen gato que soy, sigo a mi humana hasta su dormitorio, esperando un agradecimiento por su parte cuando vea el orden que he puesto en aquel caos de habitación. Pero me he vuelto a equivocar y ella parece molesta. No entiendo a los humanos. Ignorando la charla que me está echando, me encamino feliz hasta la cocina. Ya es la hora de almorzar y me espera una sabrosa lata de atún. Como mi humana no viene comienzo a maullar. No me malinterpretéis. En este caso, maullar no es de gato vulgar, sino de felino adorable de los que salen en los videos de YouTube.

—Ya voy —mi humana me acaricia mientras coge mi cuenco para llenarlo—. Aquí tienes, no te la comas muy rápido.

Ella se pone a preparar algo en la cocina, pero yo ya no le presto atención. Tengo ante mí un gran manjar de dioses y debo terminar con ello antes de que desaparezca. Oigo que me dice que trague más despacio, pero los humanos no entienden de las necesidades de los gatos. Cuando termino de comer, me doy cuenta de que mi humana ya no está en la cocina. Ha llegado el momento de otra siesta, pero, oh oh, parece que esa pelusa que me he comido por la mañana no me ha sentado muy bien. Voy hasta donde se encuentra mi humana y llamo su atención con

un quejido. Cuando por fin capto su interés, comienzo con las arcadas que me entran cada vez que engullo pelusas y, finalmente, echo la comida.

—¡Te dije que no tragases tan rápido, que luego te sienta mal!

Ni caso, ella no entiende que lo que me ha sentado mal ha sido la pelusa. Bueno ha llegado la hora de otra siesta.

Cuando me despierto ya ha anochecido y mi humana está delante del ordenador, parece muy concentrada. Creo que trabaja demasiado, por lo que voy a llamar su atención para que juegue un poco conmigo. Me subo a la mesa y comienzo a sentarme encima del teclado y a pasar por delante de la pantalla.

—Tengo que acabar esto —me acaricia mientras me empuja hacia un lado—. Ahora jugamos. Cinco minutos.

No me gusta que me hagan esperar, por lo que vuelvo a sentarme encima. Ella parece darse por vencida y me coge para jugar. Vamos hasta el pasillo donde me tira una bola de papel. Yo, como soy buen gato, corro hacia la pelota y juego a darle con la pata. Mi humana me la lanza otra vez y, satisfecho por haber logrado que ella se divierta, le dejo en el pasillo con la pelota de papel y me voy a mirar al espejo. Este pelaje negro me queda perfecto, no he visto un gato más apuesto que yo. Escucho a mi humana quejarse por haberle dejado sola jugando, pero ella no entiende que yo no quería hacerlo, mi misión solo era lograr que ella se divirtiese. Debería aprender a jugar sola.